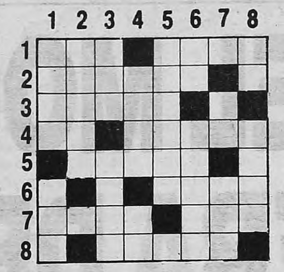
Con censura 18

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Varonil. / Aguza el filo de un arma.
2. Pez marino semejante al arenque, pero de carne más fina.
3. Vasija de barro cocido para contener líquidos.
4. Símbolo químico del actinio. / Instruye, enseña.
5. Negligencia, flojedad.
6. Lechos en que viven las aves.
7. Centuria. / Pref. que significa "contra".
8. Unid, confederad.

VERTICALES

1. Uno de los cinco sentidos. / Suelo.
2. Comestible grasiento que ha adquirido olor más fuerte por el paso del tiempo.
3. Unidad monetaria de Italia. / Medida de longitud equivalente a 1852 metros.
4. Joyas pequeñas, colgantes. / Desinencia de los alcoholes.
5. Pollo del ánade.
6. Confía. / Unión, conformidad.
7. Símbolo químico del tecnecio. / Partícula cargada eléctricamente.
8. Yerno y sucesor de Mahoma. / Borde de un sólido.

SOLUCION 17

Letra censurada: La E.
Horizontales: 1) Estero / Bedel. 2) Pera / Rabí. 3) Joya / Lean. 4) Opera. 5) Rigor. 6) Deslomó. 7) Oto / Rea. 8) Saturase.
Verticales: 1) Espejo / Dos. 2) Tero / Asta. 3) Rayo / Lote. 4) Apero. 5) Rimar. 6) Bálago. 7) Deba / Res. 8) Linterna.

Verano/12

Sueños de verano

PESCADOR PESCADO

(Por Miguel Briante) Llegar abajo conteniendo la respiración, como hace años que no lo hacía, tocar el agua barrosa, es algo que lo entretiene. Cuando sale, en ese cabezazo que da pura luz —y ni sombra de pelo— en su cabeza, la Pancha ya le está diciendo que no. *"Te va a hacer daño* —le dice—, *tanto bajar y bajar."* Pero él sabe que no. Durante el invierno, sin grúa pero con autorización municipal, metió pico y pala y alcanzó a hacer del terrenito una fuente natural de agua nacida al mismo pie de las Sierras de Córdoba, un sitio paradisíaco donde los turistas, además de bañarse, tienen la oportunidad de apresar, en la oscura sorpresa de la pesca, la pieza más importante del verano. En Córdoba, ya lo dijeron muchos gobernadores, hay mucho microclima. Ahí está Carlos Paz, donde cualquier obra de teatro es buena, por el clima, y los actores que vienen no paran de triunfar.

Pancha hubiera preferido un puesto de chorizos, o salamines. Chorizos de campo, nada de andar cocinando, y salamines de Colonia Caroya, que son bien conocidos. Pero él quería un balneario con campamento y pesca, para algo el rancho ocupa una parte chica del terreno. Con seis por seis de ancho y de largo, y una profundidad máxima de cuatro metros —en los costados menos, por los chicos— ya estaba. Había que trazar, en los costados, los lugares para las casas rodantes. *"Sos loco* —le decía la Pancha—, *sos loco, vos."*

"Me dice loco porque hago una pileta turística", se le quejó una tarde a su hermano, Antonio. *"Agujero"*, dijo su hermano, pero lo ayudó con una pala. También lo ayudó, al tiempo, con una pregunta: *"¿Cómo vas a hacer con los pescados?"* Lo pensó, allá abajo, entre la tierra cada vez más honda, y se acordó de El Turco. *"Hay que traerlos a los pescados, porque de esa agua no van a nacer, y desviar el río es mucho, por ahora"*, le dijo a su hermano esa tarde, mirando pasar un tronco en la mitad del río La Calera, que se iba hacia el lago San Roque, contra Carlos Paz. *"Pero está El Turco, que anda en los arroyos, y otra gente, que pesca por pescar."* Su hermano lo miró medio con lástima. *"Pejerrey* —dijo—, *dientudos. A los de la Capital les tenés que dar más aventuras."* El ya lo tenía pensado. *"Me ocupo yo* —dijo—, *me voy a la parte alta del río y traigo truchas."* Ahora, todas las noches, cumple. *"Lo jodido es llegar hasta la ruta con el fuentón, esperar que pase una camioneta para hacer dedo, y después explicarle que tiene que venir despacio, para que las truchas no queden en seco"*, comenta.

Escéptica, Pancha sigue armando las cañas. Después de consultar con Antonio, él mismo elige el anzuelo justo. El Turco, entre los pescados vivos que trae, como anda lejos, el otro día se vino hasta con un surubí. El empezó a bajar al principio del verano, por los chicos. Les engancha un bagre, o algo más chico, en el anzuelo, y cuando asoma la cabeza del agua le da alegría verlos mirar el primer pescado que hacen temblar en su vida. Eso es lo único que la Pancha aprueba, lo de los chicos.

Hace unos quince días llegó el hombre gordo, con esa camioneta preparada como una casa, y le dio la idea. Por suerte Antonio sabe sacar fotos. Así que ahora él baja, engancha la trucha o el surubí (que siempre le devuelven, por expreso pedido) en el anzuelo, y ya ve cimbrar el hilo y ya sabe que allá arriba hay un turista emocionado. Cuando la presa sale del agua, apenas asoma o empieza a estar en el aire, cuando el hilo está natural y la caña doblada en el arco justo, su hermano saca la foto. No como esas fotos donde hay un hombre sosteniendo un pescado que pudo haber conseguido en cualquier lugar.

Todo va bien, pero el otro día el hombre gordo lo invitó a compartir su asadito. Le dijo que lo de la foto estaba, estaba pero que fuera a Carlos Paz, a la noche, a los boliches. Le dijo que la revolución inevitable es el video. *"Es más documento* —le dijo—, *una foto puede ser trucada. Usted hace que su hermano filme y después vende los casetes."* Se fue al pueblo. Acaba de llegar con los folletos. *"Para el año que viene"*, dice, poniendo un dedo en la reproducción de la cámara. Y la Pancha repite: *"Sos loco, sos loco, vos"*.

EL MOLOSO Y S
MANERA DESVERGO
DE SENTARSE

Por Ahmadou Kourouma

Hacía una semana que se había extinguido en la capital Koné Ibrahima, de raza malinké, o digámoslo en malinké, no era que hubiese tenido una gripe de nada...

Al igual que ocurre con todo malinké, cuando la vida se escapó de sus restos, su sombra se levantó, escupió, se vistió y se fue a recorrer el largo camino hacia el remoto país malinké para hacer que en él estallara la noticia funesta de las exequias. Por caminos perdidos en medio de la sabana deshabitada, dos buhoneros malinkés se encontraron con la sombra y la reconocieron. La sombra andaba deprisa y no los saludó. Los buhoneros no se equivocaron: "Se acabó Ibrahima", se dijeron. En la aldea natal, la sombra sacó y ordenó sus bienes. Por detrás de la casa se oyó cómo tintineaban las maletas del difunto, cómo se rozaban entre sí sus calabazas; hasta sus animales se agitaban y balaban de forma extraña. Nadie se equivocó. "Ibrahima Koné se ha acabado, es su sombra", se decían. La sombra volvió a la capital cerca de los restos mortales para seguir las exequias: ida y vuelta, más de dos mil kilómetros. ¡Y en un abrir y cerrar de ojos!

¡Me miráis con escepticismo! Pues os lo juro, y añadió: si el difunto fuera de la casta de los herreros, y si no se hubiera estado en la era de las Independencias (los soles de las Independencias, que dicen los malinkés), os juro que jamás se hubiera osado inhumarlo en un país lejano y extranjero. Un anciano de la casta de los herreros habría llegado de su tierra con una vara, habría golpeado el cadáver con la vara, la sombra se habría reunido con sus despojos, el difunto se habría levantado. La asistencia habría entregado la vara al difunto, que se habría puesto a andar junto al anciano, y juntos se hubieran puesto a andar días y noches enteros. ¡Pero, atención! ¡Sin que el difunto resucitara! ¡Alá es el único que puede dar la vida! Y sin comer, ni beber, ni siquiera dormir, el difunto hubiera seguido adelante, hubiera ido andando hasta la aldea en la que el viejo herrero habría recuperado la vara y le hubiera golpeado por segunda vez. Los restos y la sombra se habrían vuelto a separar y habría sido en la misma aldea natal donde se celebraran las múltiples exequias complicadísimas de un malinké de la casta de los herreros.

O sea, que es posible, e incluso seguro, que la sombra llegase efectivamente a pie hasta la aldea natal; igual de aprisa volvió a la capital para celebrar las exequias, y un brujo de la comitiva fúnebre la vio, melancólica, sentada en el ataúd. Al día de las exequias siguieron los días, hasta el séptimo día, y los funerales del séptimo día se desarrollaron ante la sombra, y los días se sucedieron a lo largo de semanas hasta que llegó el cuadragésimo día y los funerales del cuadragésimo día se festejaron al pie de la sombra acuclillada, siempre invisible al malinké del común. Después, la sombra se volvió a marchar definitivamente. Se fue hasta el terruño malinké, donde haría feliz a una madre al reencarnarse en un bebé malinké.

Como la sombra velaba, contaba, daba las gracias, el entierro se realizó piadosamente, los funerales se santificaron con prodigalidad. Los amigos, los parientes, e incluso los que se limitaban a pasar por allí, depositaron ofrendas y sacrificios que se repartieron y se atribuyeron a los asistentes y a las grandes familias malinkés de la capital.

Como toda ceremonia funeraria es rentable, se comprende que los *griots* malinkés, los viejos malinkés, los que ya no venden porque los han arruinado las Independencias (¡y sólo Alá puede contar el número de viejos comerciantes arruinados por las Independencias en la capital!), "trabajen" todos en las exequias y los funerales. ¡Auténticos profesionales! Por las mañanas y por las tardes van de barrio en barrio para asistir a todas las ceremonias. Entre malinkés se les llama, y muy maliciosamente, "los buitres" o "la banda de hienas".

¡Fama Dumbuya! Auténtico Dumbuya, de padre Dumbuya, de madre Dumbuya, último y legítimo descendiente de los príncipes. Dumbuya del Horodugu, tótem pantera, era un "buitre". ¡Un príncipe Dumbuya! Un tótem pantera que formaba banda con las hienas. ¡Ah! ¡Los soles de las Independencias!

Para los funerales del séptimo día del difunto Koné Ibrahima, Fama llegó retrasado. Iba rápido, andaba al paso ligero de los diarreicos. Estaba en el otro extremo del puente que enlazaba la ciudad de los blancos con el distrito negro a la hora de la segunda oración; había empezado la ceremonia.

Fama gritaba:

—¡Hijo de la gran puta! ¡Gnamokodé!

Ernest Hemingway, Isak Dinesen y Lawrence Durrell son algunos de los escritores que, en sus textos, trataron de mostrar el Africa Negra. Sin embargo, pensar en escritores de ese continente lleva inevitablemente al nigeriano Wole Soyinka, anglófono, o al senegalés Leopold Sedar Senghor, francófono. Kourouma —nacido entre el alto Senegal y Guinea— muestra en su literatura la riqueza notable de su pueblo. Este texto es el primer capítulo de su novela "Los soles de las Independencias", editada por Alfaguara.

—y todo se conjuraba para desesperarlo. ¡El sol! ¡El sol! El sol de las Independencias maléficas llenaba todo un lado del cielo, asaba, resecaba el universo para justificar las tormentas malsanas de media tarde. ¡Y encima los curiosos!, los hijos de puta de los curiosos plantados en plena acera como si estuvieran en las casas de sus papás. Para abrirse paso había que golpear, amenazar, insultar. Todo eso en medio de un escándalo como para romper los tímpanos: cláxones, estruendos de motores, deslizamientos de neumáticos, gritos y llamadas de peatones y conductores. Desde los pretiles de la izquierda del puente la laguna cegaba con sus múltiples espejos que se rompían y se reunían hasta la ribera lejana, donde los islotes y las lindes de los bosques se fundían en el horizonte ceniciento. La zona del puente estaba llena de vehículos multicolores que subían y bajaban; desde los pretiles de la derecha, la laguna que seguía espejeando en algunos sitios, y era de laterita en otros; el puerto lleno de barcos y almacenes, y más allá todavía seguía la laguna, ya de laterita, a lindes del bosque y por fin un poco de azul: el mar, que comenzaba el azul del horizonte. ¡Felizmente! ¡Loado sea Alá! A Fama ya no le quedaba mucho camino que recorrer, se veía a lo lejos el final del puerto, donde la carretera se perdía en una bajada, en una hondonada donde se acumulaban los tejados de chapa resplandeciente o gris de otros almacenes, las palmeras, los matojos, y de donde surgían dos o tres edificios de pisos con ventanas de persianas. Eran la ruina y la vergüenza más inmensas, tan visibles como la vieja pantera sorprendida que se peleaba por las carroñas con las hienas, el que Fama tuviera que ir corriendo así para asistir a un funeral.

¡El, Fama, nacido en el oro, la abundancia, el honor y las mujeres! ¡Educado para preferir entre el oro de una clase y el de otra! ¡Para elegir un manjar entre los demás, y acostarse con su favorita de entre cien esposas! ¿En qué se había convertido? En un devorador de carroña...

Era una hiena la que corría. El cielo seguía estando alto y lejano, salvo del lado del mar, donde unas nubes solitarias e impertinentes empezaban a agitarse y a buscarse para formar la tormenta. ¡Malditas! Despistadoras, asquerosas, las entreestaciones de este país mezcla de sol y de lluvia.

Se dio la vuelta después de pasar un jardín y subió por la avenida central del barrio de los funcionarios. ¡Alá sea loado! Era allí. De todos modos, Fama llegaba tarde. Era lamentable, porque el resultado era que recibiría en plena cara y bien en público las afrentas y las iras de los aficionados a echar serpientes en la entrepierna: imposible sentarse, ponerse de pie, andar, acostarse.

Pero llegó. Parte de los bajos del edificio construido sobre pilotes estaba cubierta de hierbas; los *bubus* blancos, azules, verdes, amarillos, digamos que de todos los colores, se rizaban, los brazos se agitaban, todo el mundo estaba de charla. ¡Mucha gente para el séptimo día de Ibrahima recién enterrado! Un vistazo rápido. Se contaban y se reconocían narices y orejas de todos los barrios, de todas las profesiones. Fama saludó, ¡y con qué sonrisa!, se metió como mejor le permitía su gran estatura entre los pilotes, se ajustó el bubu y después se sacudió y se sentó en u trozo de estera. El griot, que era viejísimo enteco, que gritaba y comentaba, respondi

—Viene con nosotros el príncipe del H rodugu, el último Dumbuya legítimo... u poco tarde.

Aquello provocó miradas y sonrisas mal ciosas. Qué queréis, un príncipe que ca mendiga resulta grotesco en cualquier part

Pero Fama no gastó su cólera en injuriar todos aquellos burlones de bastardos e hij de perra. El griot siguió diciendo, con to desagradable:

—Un retraso sin importancia; se habí respetado las costumbres y los derechos las grandes familias; no se había olvidado los Dumbuya. Los príncipes del Horodu habían tenido relación con los Keita.

Fama pidió al griot que repitiera. Este tubeó. Quien no sea malinké puede que lo nore: en esas circunstancias era un insult un insulto para hacer saltar los ojos. ¿Quié pues, había relacionado a los Dumbuya c los Keita? Estos son reyes del Uasulu, y su t tem es el hipopótamo, y no la pantera. En t



EL MOLOSO Y SU MANERA DESVERGONZADA DE SENTARSE

Ernest Hemingway, Isak Dinesen y Lawrence Durrell son algunos de los escritores que, en sus textos, trataron de mostrar el Africa Negra. Sin embargo, pensar en escritores de ese continente lleva inevitablemente al nigeriano Wole Soyinka, anglófono, o al senegalés Leopold Sedar Senghor, francófono. Kourouma —nacido entre el alto Senegal y Guinea— muestra en su literatura la riqueza notable de su pueblo. Este texto es el primer capítulo de su novela "Los soles de las Independencias", editada por Alfaguara.

Por Ahmadou Kourouma

Hacía una semana que se había extinguido en la capital Koné Ibrahima, de raza malinké, o digámoslo en malinké, no era que hubiese tenido una gripe de nada...

Al igual que ocurre con todo malinké, cuando la vida se escapó de sus restos, su sombra se levantó, escupió, se vistió y se fue a recorrer el largo camino hacia el remoto país malinké para hacer que en él estallara la noticia funesta de las exequias. Por caminos perdidos en medio de la sabana deshabitada, dos buhoneros malinkés se encontraron con la sombra y la reconocieron. La sombra andaba deprisa y no los saludo. Los buhoneros no se equivocaron: "Se acabó Ibrahima", se dijeron. En la aldea natal, la sombra sacó y ordenó sus bienes. Por detrás de la casa se oyó cómo tintineaban las maletas del difunto, cómo se rozaban entre sí sus calabazas; hasta sus animales se agitaban y balaban de forma extraña. Nadie se equivocó, "Ibrahima Koné se ha acabado, es su sombra", se decían. La sombra volvió a la capital cerca de los restos mortales para seguir las exequias: ida y vuelta, más de dos mil kilómetros. ¡Y en un abrir y cerrar de ojos!

¡Me miráis con escepticismo! Pues os lo juro,y añadió: si el difunto fuera de la casta de los herreros, y si no se hubiera estado en la era de las Independencias (los soles de las Independencias, que dicen los malinkés), os juro que jamás se hubiera osado inhumarlo en un país lejano y extranjero. Un anciano de la casta de los herreros habría llegado de su tierra con una vara, habría golpeado el cadáver con la vara, la sombra se habría reunido con sus despojos, el difunto se habría levantado. La asistencia habría entregado la vara al difunto, que se habría puesto a andar junto al anciano, y juntos se hubieran puesto a andar días y noches enteros. ¡Pero, atención! ¡Sin que el difunto resucitara! ¡Alá es el único que puede dar la vida! Y sin comer, ni beber, ni siquiera dormir, el difunto hubiera seguido adelante, hubiera ido andando hasta la aldea en la que el viejo herrero habría recuperado la vara y le hubiera golpeado por segunda vez. Los restos y la sombra se habrían vuelto a separar y habría sido en la misma aldea natal donde se celebraran las múltiples exequias complicadísimas de un malinké de la casta de los herreros.

O sea, que es posible, e incluso seguro, que la sombra llegase efectivamente a pie hasta la aldea natal; igual de aprisa volvió a la capital para celebrar las exequias, y un brujo de la comitiva fúnebre la vio, melancólica, sentada en el ataúd. Al día de las exequias siguieron los días, hasta el séptimo día, y los funerales del séptimo día se desarrollaron ante la sombra, y los días se sucedieron a lo largo de semanas hasta que llegó el cuadragésimo día y los funerales del cuadragésimo día se festejaron al pie de la sombra acuclillada, siempre invisible al malinké del común. Después, la sombra se volvió a marchar definitivamente. Se fue hasta el terruño malinké, donde haría feliz a una madre al reencarnarse en un bebé malinké.

Como la sombra velaba, contaba, daba las gracias, el entierro se realizó piadosamente, los funerales se santificaron con prodigalidad. Los amigos, los parientes, e incluso los que se limitaban a pasar por allí, depositaron ofrendas y sacrificios que se repartieron y se atribuyeron a los asistentes y a las grandes familias malinkés de la capital.

Como toda ceremonia funeraria es rentable, se comprende que los *griots* malinkés, los viejos malinkés, los que ya no venden porque los han arruinado las Independencias (¡y sólo Alá puede contar el número de viejos comerciantes arruinados por las Independencias en la capital!), "trabajen" todos en las exequias y los funerales. ¡Auténticos profesionales! Por las mañanas y por las tardes van de barrio en barrio para asistir a todas las ceremonias. Entre malinkés se les llama, y muy maliciosamente, "los buitres" o "la banda de hienas".

¡Fama Dumbuya! Auténtico Dumbuya, de padre Dumbuya, de madre Dumbuya, último y legítimo descendiente de los príncipes. Dumbuya del Horodugu, tótem pantera, era un "buitre". ¡Un príncipe Dumbuya! Un tótem pantera que formaba banda con las hienas. ¡Ah! ¡Los soles de las Independencias!

Para los funerales del séptimo día del difunto Koné Ibrahima, Fama llegó retrasado. Iba rápido, andaba al paso ligero de los diarreicos. Estaba en el otro extremo del puente que enlazaba la ciudad de los blancos con el distrito negro a la hora de la segunda oración; había empezado la ceremonia.

Fama gritaba:

—¡Hijo de la gran puta! ¡Gnamokodé! —y todo se conjuraba para desesperarlo. ¡El sol! ¡El sol! El sol de las Independencias maléficas llenaba todo un lado del cielo, asaba, resecaba el universo para justificar las tormentas malsanas de media tarde. ¡Y encima los curiosos!, los hijos de puta de los curiosos plantados en plena acera como si estuvieran en las casas de sus papás. Para abrirse paso había que golpear, amenazar, insultar. Todo eso en medio de un escándalo como para romper los tímpanos: cláxones, estruendos de motores, deslizamientos de neumáticos, gritos y llamadas de peatones y conductores. Desde los pretiles de la izquierda del puente la laguna cegaba con sus múltiples espejos que se rompían y se reunían hasta la ribera lejana, donde los islotes y las lindes de los bosques se fundían en el horizonte ceniciento. La zona del puente estaba llena de vehículos multicolores que subían y bajaban; desde los pretiles de la derecha, la laguna que seguía espejeando en algunos sitios, y era de laterita en otros; el puerto lleno de barcos y almacenes, y más allá todavía seguía la laguna, ya de laterita, a lindes del bosque y por fin un poco de azul: el mar, que comenzaba el azul del horizonte. ¡Felizmente! ¡Loado sea Alá! A Fama ya no le quedaba mucho camino que recorrer, se veía a lo lejos el final del puerto, donde la carretera se perdía en una bajada, en una hondonada donde se acumulaban los tejados de chapa resplandeciente o gris de otros almacenes, las palmeras, los matojos, y de donde surgían dos o tres edificios de pisos con ventanas de persianas. Eran la ruina y la vergüenza más inmensas, tan visibles como la vieja pantera sorprendida que se peleaba por las carroñas con las hienas, el que Fama tuviera que ir corriendo así para asistir a un funeral.

¡El, Fama, nacido en el oro, la abundancia, el honor y las mujeres! ¡Educado para preferir entre el oro de una clase y el de otra! ¡Para elegir un manjar entre los demás, y acostarse con su favorita de entre cien esposas! ¿En qué se había convertido? En un devorador de carroña...

Era una hiena la que corría. El cielo seguía estando alto y lejano, salvo del lado del mar, donde unas nubes solitarias e impertinentes empezaban a agitarse y a buscarse para formar la tormenta. ¡Malditas! Despistadoras, asquerosas, las entreestaciones de este país mezcla de sol y de lluvia.

Se dio la vuelta después de pasar un jardín y subió por la avenida central del barrio de los funcionarios. ¡Alá sea loado! Era allí. De todos modos, Fama llegaba tarde. Era lamentable, porque el resultado era que recibiría en plena cara y bien en público las afrentas y las iras de los aficionados a echar serpientes en la entrepierna: imposible sentarse, ponerse de pie, andar, acostarse.

Pero llegó. Parte de los bajos del edificio construido sobre pilotes estaba cubierta de hierbas; los *bubus* blancos, azules, verdes, amarillos, digamos que de todos los colores, se rizaban, los brazos se agitaban, todo el mundo estaba de charla. ¡Mucha gente para el séptimo día de Ibrahima recién enterrado! Un vistazo rápido. Se contaban y se reconocían narices y orejas de todos los barrios, de todas las profesiones. Fama saludó, ¡y con qué sonrisa!, se metió como mejor le permitía su gran estatura entre los pilotes, se ajustó el bubu y después se sacudió y se sentó en un trozo de estera. El griot, que era viejísimo y enteco, que gritaba y comentaba, respondió:

—Viene con nosotros el príncipe del Horodugu, el último Dumbuya legítimo... un poco tarde.

Aquello provocó miradas y sonrisas maliciosas. Qué queréis, un príncipe que casi mendiga resulta grotesco en cualquier parte.

Pero Fama no gastó su cólera en injuriar a todos aquellos burlones de bastardos e hijos de perra. El griot siguió diciendo, con tono desagradable:

—Un retraso sin importancia; se habían respetado las costumbres y los derechos de las grandes familias; no se había olvidado a los Dumbuya. Los príncipes del Horodugu habían tenido relación con los Keita.

Fama pidió al griot que repitiera. Este titubeó. Quien no sea malinké puede que lo ignore: en esas circunstancias era un insulto, un insulto para hacer saltar los ojos. ¿Quién, pues, había relacionado a los Dumbuya con los Keita? Estos son reyes del Uasulu, y su tótem es el hipopótamo, y no la pantera. En tono firme, encolerizado e indignado, Fama volvió a pedir al griot que repitiera lo dicho. El griot se lanzó a interminables justificaciones: simbólico, todo era simbólico en las ceremonias y había que aguantarse; una lástima, una verdadera lástima para las costumbres y la religión que algunos viejos de esta ciudad no vivieran más que de lo que se distribuía durante los ritos... En fin, una condenada serie de bobadas que nadie le había preguntado. ¡Hijo de puta de griot! Tampoco era un auténtico griot; los de verdad murieron con los grandes señores de la guerra antes de la conquista de los *tubabs*. Fama tenía que demostrar allí mismo que todavía quedaban hombres que no toleraban la hijoputez. Si se olisquea discretamente el pedo del maleducado, éste cree que uno no tiene nariz.

Fama se levantó y atronó con sus gritos hasta que el edificio se puso a vibrar. El griot enteco, turbado, no sabía ya a quién encomendarse, pedía a la concurrencia que lo escuchara, que abriera los oídos para escuchar al hijo de Dumbuya, ofendido y maldito, tótem pantera, pantera él mismo y que no sabe disimular su furia y su cólera. A Fama le gritaba:

—¡Sangre verdadera de señor de la guerra! ¡Di la verdad y dila sólidamente! ¡Di lo que te ha herido! ¡Explica tu vergüenza! ¡Escupe y exhibe tus reproches!

Enardecido por la agitación del griot, Fama creyó no tener límites; tenía la palabra, el derecho y un público. Decidme, como buen malinké, ¿qué más podía querer? Se aclaró la garganta con un rugido de pantera, dio unos pasos, se ajustó el bonete, se bajó las mangas del bubu, se pavoneó de forma que lo pudieran ver de todas partes y se lanzó al discurso. El griot repetía. Fama gritaba e iba a gritar todavía más alto, pero... ¡Maldito griot! ¡Maldita tos! Una tos perversa y violenta sacudió la garganta del griot y le hizo enconvarse y escupir hasta los pulmones y a Fama pararse en su impulso. El último de los Dumbuya, sin la menor conmiseración por el griot, no se desalentó; por el contrario, bajó la cabeza para pensar y renovar los proverbios, y en esa actitud olvidó echar un vistazo en su derredor. Pero, ¿podía ignorarlo? La gente estaba cansada, estaba hasta las narices de todas las exhibiciones, todos los discursos ni negros ni blancos que lanzaba Fama en todas las reuniones. Y en la asamblea, los bubus y las esteras se rozaban, las caras se fruncían y se hablaba con grandes gestos. ¡Siempre Fama, siempre partes insuficientes, siempre algo! La gente estaba harta. ¡Que lo hicieran sentar!

El griot logró dejar de toser, pero un poco tarde. Todo el mundo estaba enervado. Fama no veía ni oía nada, y hablaba y hablaba con fuerza y abundancia, agitando unos brazos como ramas de ceiba, saltándose los proverbios y machacándolos, torciendo la boca. Transportado, ebrio, no veía que su público hervía de impaciencia como mordido por una banda de hormigas *magna*, las piernas se cruzaban y descruzaban, las manos iban de las caderas a las barbas, de las barbas a los bolsillos; Fama no podía observar cómo la cólera deformaba y pervertía las caras, observar que se escapan de las bocas palabras como "¡Eh, que cae la tarde, basta de hijoputadas!". Continuó su discurso.

Fue entonces cuando salió de la asamblea la admonición:

—¡Siéntate de una vez y cierra la boca! ¡Tenemos las orejas cansadas de oír tus palabras!

Era un hombre bajo y redondo como un tronco, con el cuello, los brazos, los puños y los hombros de luchador, un rostro duro como la piedra, el que había gritado, el que se excitaba como un grillo enloquecido y se ponía de puntillas para quedar igual de alto que Fama.

—No sabe lo que es la vergüenza, y la vergüenza es lo primero de todo —añadió rezongando.

¡Zafarrancho general! Tronar de la llegada de un rebaño de búfalos en el bosque. El griot enteco se agitaba para contener el viento que había levantado Fama, pero en vano.

—¡Bamba! —así se llamaba el que desafiaba—.¡Bamba! —se desgañitó—. ¡Enfría ese ánimo!

Pegado al suelo, moviendo unas mandíbulas de fiera, amenazando con los codos, con los hombros y con la cabeza, ¿cómo iba Bamba a oír los gritos de avoceta del griot? ¡Fama tampoco! Este último se excitaba, pataleaba, maldecía, ¡el hijo de perra de Bamba mostraba demasiada virilidad! Había que maldecirlo, golpearlo, morderlo. Y Fama avanzó hacia el ofensor. ¡Apenas dos pasos! Fama no dio dos pasos. El bajito y fortachón Bamba ya había saltado como un bailarín y aterrizado a sus pies como una fiera. Se agarraron por los pliegues de los bubus. El griot se eclipsó, el griterío se intensificó, todo el mundo se levantaba, se agarraba, tiraba; los pliegues de los bubus restallaron y se entremezclaron. Fama se arregló el bubu y se sentó en la estera con una prisa un tanto excesiva. Dos mocetones, hicieron falta dos mocetones para separar a Bamba, para arrastrarlo paso a paso hasta su anterior sitio en el suelo. Cuando quedaron sentados los dos antagonistas, todos los demás volvieron a ocupar sus esteras.

Fama se excusó. El más anciano de toda la ceremonia excusó a todos los musulmanes por Fama. Era Fama el que tenía la razón, zanjó. La verdad hay que decirla, por dura que sea, porque enrojece las pupilas, pero no las rompe. En conclusión, el anciano indemnizó a Fama, unos cuantos billetes y nueces de cola más. Evidentemente, Fama los rechazó: no había combatido más que por el honor. No lo creyeron... El anciano insistió. Fama lo aceptó todo y se quedó un rato pensando en el emputecimiento de los malinké y la depravación de las costumbres. La sombra del muerto iba a transmitir a los manes que bajo los soles de las Independencias, los malinkés maldecían e incluso abofeteaban a su príncipe. ¡Manes de los antepasados! ¡Manes de Moriba, fundador de la dinastía! ¡Ya era hora, ya era más que hora, de lamentar la suerte del último y legítimo de los Dumbuya!

Continuó la ceremonia. Los unos ofrecían y los otros recibían; todo el mundo hacía repetir los elogios del enterrado: humanismo, fe, hospitalidad, e incluso un vecino recordó que una noche el enterrado le había llevado un calzón y una falda: los de su mujer (la esposa del vecino, aclaremos); el viento se los había llevado y habían llegado bajo la cama del enterrado. El efecto fue inmediato: las caras se distendieron, las risas fundieron el parlamento. Fama fue el único que no se echó a reír. Ni siquiera con los billetes de banco en el bolsillo y en el corazón la honra de poseer la razón, se le había pasado la cólera que lo roía.

¡Qué hijoputez! ¡El! ¡El, Fama, descendiente de los Dumbuya! Pisoteado, provocado, insultado, ¿por quién? Un hijo de esclavo. Volvió la cabeza. Bamba se retorcía y se mordía los labios, giraba los ojos y agitaba las aletas de la nariz, como un caballo que acaba de galopar. Era macizo, membrudo, con unas manazas enormes, y Fama se preguntó si no estaba demasiado viejo para desafiarlo en combate.

Pero él, Fama, había conservado las buenas costumbres: un hombre no se separa de su arma. Tanteó en el bolsillo; el cuchillo era lo bastante largo como para arrancarle las entrañas al hijo de perra. Bueno, entonces, que vuelva Bamba, que vuelva a empezar, y verá que por desdentada que esté la hiena, su boca nunca será camino fácil para el cabrito.

Carcajadas. Fama aguzó las orejas. Había hecho bien en no apaciguarse, en no perdonar; el hijo de burra del griot mezclaba alusiones venenosas a los elogios del enterrado: ¿qué relación tenía el enterrado con los descendientes de las grandes familias guerreras que se prostituían en la mendicidad, las disputas y el deshonor? ¡Hijo de perra, más bien que de casta! Los verdaderos griots, los ultimos griots de casta quedaron enterrados con los grandes capitanes de Samory. El advenedizo cacareante no sabía cantar, ni hablar, ni escuchar. Y el griot continuaba, e incluso se desplazó y se inmovilizó detrás de una columna. Para un desvergonzado de su género, una columna separa tanto como un río o una montaña. Y allí se desvergonzó y pasó más allá de todo límite: había descendientes de grandes guerreros (¡Era Fama!) que vivían de la mentira y la mendicidad (¡Volvía a ser Fama!) auténticos descendientes de grandes jefes (Fama otra vez) que habían trocado su dignidad en plumas de buitre y olfateaban los aromas de los acontecimientos: nacimientos, bodas, muertes, para saltar de ceremonia en ceremonia. Fama se recogió el bubu para contestar, pero titubeó. La falta de reflejos fue una provocación para aquel maldito griot, que se lanzó a las bellaquerías más groseras con igual alegría que el bambara, que se lanzó al círculo de tam tams.

¡Era demasiado! Fama se levantó e interrumpió:

—¡Musulmanes! ¡Perdón, musulmanes! ¡Escuchad!...

Imposible añadir una palabra. Como una bandada de perros en celo, todos los malditos malinkés del círculo, supuestamente musulmanes, se deshicieron en insultos y palabrotas. Se había traspasado el límite.

Disminuido por la vergüenza y la deshonra, ¿cómo podía quedarse allí? Además, no lo lamentaba; la ceremonia había degenerado en un juego de cinocéfalos. Más vale dejar a los monos que se muerdan y se tiren de la cola. Se precipitó por una de las salidas. Dos hombres corrieron a detenerlo. Se debatió, trató a los dos de hijos de una puta de perra y se alejó.

Todo lo que produjo una salida tan ruidosa y definitiva fueron unos ¡Uff! de alivio y risas divertidas. Fama estaría en las próximas ceremonias, como en todas las ceremonias malinké de la capital; ya se sabía; porque, ¿cuándo se ha visto que la hiena se aleje de las proximidades de los cementerios, ni el buitre de las traseras de las casas? También se sabía que Fama iba a seguir haciendo desaguisados y escandalizando. Pues, ¿en qué reunión se separa el moloso de su manera desvergonzada de sentarse?...

LECTURAS

SU

NZADA

no firme, encolerizado e indignado, Fama volvió a pedir al griot que repitiera lo dicho. El griot se lanzó a interminables justificaciones: simbólico, todo era simbólico en las ceremonias y había que aguantarse; una lástima, una verdadera lástima para las costumbres y la religión que algunos viejos de esta ciudad no vivieran más que de lo que se distribuía durante los ritos... En fin, una condenada serie de bobadas que nadie le había preguntado. ¡Hijo de puta de griot! Tampoco era un auténtico griot; los de verdad murieron con los grandes señores de la guerra antes de la conquista de los *tubabs*. Fama tenía que demostrar allí mismo que todavía quedaban hombres que no toleraban la hijoputez. Si se olisquea discretamente el pedo del maleducado, éste cree que uno no tiene nariz.

Fama se levantó y atronó con sus gritos hasta que el edificio se puso a vibrar. El griot enteco, turbado, no sabía ya a quién encomendarse, pedía a la concurrencia que lo escuchara, que abriera los oídos para escuchar al hijo de Dumbuya, ofendido y maldito, tótem pantera, pantera él mismo y que no sabe disimular su furia y su cólera. A Fama le gritaba:

—¡Sangre verdadera de señor de la guerra! ¡Di la verdad y dila sólidamente! ¡Di lo que te ha herido! ¡Explica tu vergüenza! ¡Escupe y exhibe tus reproches!

Enardecido por la agitación del griot, Fama creyó no tener límites; tenía la palabra, el derecho y un público. Decidme, como buen malinké, ¿qué más podía querer? Se aclaró la garganta con un rugido de pantera, dio unos pasos, se ajustó el bonete, se bajó las mangas del bubu, se pavoneó de forma que lo pudieran ver de todas partes y se lanzó al discurso. El griot repetía. Fama gritaba e iba a gritar todavía más alto, pero... ¡Maldito griot! ¡Maldita tos! Una tos perversa y violenta sacudió la garganta del griot y le hizo enconvarse y escupir hasta los pulmones y a Fama pararse en su impulso. El último de los Dumbuya, sin la menor conmiseración por el griot, no se desalentó; por el contrario, bajó la cabeza para pensar y renovar los proverbios, y en esa actitud olvidó echar un vistazo en su derredor. Pero, ¿podía ignorarlo? La gente estaba cansada, estaba hasta las narices de todas las exhibiciones, todos los discursos ni negros ni blancos que lanzaba Fama en todas las reuniones. Y en la asamblea, los bubus y las esteras se rozaban, las caras se fruncían y se hablaba con grandes gestos. ¡Siempre Fama, siempre partes insuficientes, siempre algo! La gente estaba harta. ¡Que lo hicieran sentar!

El griot logró dejar de toser, pero un poco tarde. Todo el mundo estaba enervado. Fama no veía ni oía nada, y hablaba y hablaba con fuerza y abundancia, agitando unos brazos como ramas de ceiba, saltándose los proverbios y machacándolos, torciendo la boca. Transportado, ebrio, no veía que su público hervía de impaciencia como mordido por una banda de hormigas *magna*, las piernas se cruzaban y descruzaban, las manos iban de las caderas a las barbas, de las barbas a los bolsillos; Fama no podía observar cómo la cólera deformaba y pervertía las caras, observar que se escapan de las bocas palabras como "¡Eh, que cae la tarde, basta de hijoputadas!". Continuó su discurso.

Fue entonces cuando salió de la asamblea la admonición:

—¡Siéntate de una vez y cierra la boca! ¡Tenemos las orejas cansadas de oír tus palabras!

Era un hombre bajo y redondo como un tronco, con el cuello, los brazos, los puños y los hombros de luchador, un rostro duro como la piedra, el que había gritado, el que se excitaba como un grillo enloquecido y se ponía de puntillas para quedar igual de alto que Fama.

—No sabe lo que es la vergüenza, y la vergüenza es lo primero de todo —añadió rezongando.

¡Zafarrancho general! Tronar de la llegada de un rebaño de búfalos en el bosque. El griot enteco se agitaba para contener el viento que había levantado Fama, pero en vano.

—¡Bamba! —así se llamaba el que desafiaba—. ¡Bamba! —se desgañitó—. ¡Enfría ese ánimo!

Pegado al suelo, moviendo unas mandíbulas de fiera, amenazando con los codos, con los hombros y con la cabeza, ¿cómo iba Bamba a oír los gritos de avoceta del griot? ¡Fama tampoco! Este último se excitaba, pataleaba, maldecía, ¡el hijo de perra de Bamba mostraba demasiada virilidad! Había que maldecirlo, golpearlo, morderlo. Y Fama avanzó hacia el ofensor. ¡Apenas dos pasos! Fama no dio dos pasos. El bajito y fortachón Bamba ya había saltado como un bailarín y aterrizado a sus pies como una fiera. Se agarraron por los pliegues de los bubus. El griot se eclipsó, el griterío se intensificó, todo el mundo se levantaba, se agarraba, tiraba; los pliegues de los bubus restallaron y se entremezclaron. Fama se arregló el bubu y se sentó en la estera con una prisa un tanto excesiva. Dos mocetones, hicieron falta dos mocetones para separar a Bamba, para arrastrarlo paso a paso hasta su anterior sitio en el suelo. Cuando quedaron sentados los dos antagonistas, todos los demás volvieron a ocupar sus esteras.

Fama se excusó. El más anciano de toda la ceremonia excusó a todos los musulmanes por Fama. Era Fama el que tenía la razón, zanjó. La verdad hay que decirla, por dura que sea, porque enrojece las pupilas, pero no las rompe. En conclusión, el anciano indemnizó a Fama, unos cuantos billetes y nueces de cola más. Evidentemente, Fama los rechazó: no había combatido más que por el honor. No lo creyeron... El anciano insistió. Fama lo aceptó todo y se quedó un rato pensando en el emputecimiento de los malinké y la depravación de las costumbres. La sombra del muerto iba a transmitir a los manes que bajo los soles de las Independencias, los malinkés maldecían e incluso abofeteaban a su príncipe. ¡Manes de los antepasados! ¡Manes de Moriba, fundador de la dinastía! ¡Ya era hora, ya era más que hora, de lamentar la suerte del último y legítimo de los Dumbuya!

Continuó la ceremonia. Los unos ofrecían y los otros recibían; todo el mundo hacía repetir los elogios del enterrado: humanismo, fe, hospitalidad, e incluso un vecino recordó que una noche el enterrado le había llevado un calzón y una falda: los de su mujer (la esposa del vecino, aclaremos); el viento se los había llevado y habían llegado bajo la cama del enterrado. El efecto fue inmediato: las caras se distendieron, las risas fundieron el parlamento. Fama fue el único que no se echó a reír. Ni siquiera con los billetes de banco en el bolsillo y en el corazón la honra de poseer la razón, se le había pasado la cólera que lo roía.

¡Qué hijoputez! ¡El! ¡El, Fama, descendiente de los Dumbuya! Pisoteado, provocado, insultado, ¿por quién? Un hijo de esclavo. Volvió la cabeza. Bamba se retorcía y se mordía los labios, giraba los ojos y agitaba las aletas de la nariz, como un caballo que acaba de galopar. Era macizo, membrudo, con unas manazas enormes, y Fama se preguntó si no estaba demasiado viejo para desafiarlo en combate.

Pero él, Fama, había conservado las buenas costumbres: un hombre no se separa de su arma. Tanteó en el bolsillo; el cuchillo era lo bastante largo como para arrancarle las entrañas al hijo de perra. Bueno, entonces, que vuelva Bamba, que vuelva a empezar, y verá que por desdentada que esté la hiena, su boca nunca será camino fácil para el cabrito.

Carcajadas. Fama aguzó las orejas. Había hecho bien en no apaciguarse, en no perdonar; el hijo de burra del griot mezclaba alusiones venenosas a los elogios del enterrado: ¿qué relación tenía el enterrado con los descendientes de las grandes familias guerreras que se prostituían en la mendicidad, las disputas y el deshonor? ¡Hijo de perra, más bien que de casta! Los verdaderos griots, los últimos griots de casta quedaron enterrados con los grandes capitanes de Samory. El advenedizo cacareante no sabía cantar, ni hablar, ni escuchar. Y el griot continuaba, e incluso se desplazó y se inmovilizó detrás de una columna. Para un desvergonzado de su género, una columna separa tanto como un río o una montaña. Y allí se desvergonzó y pasó más allá de todo límite: había descendientes de grandes guerreros (¡Era Fama!) que vivían de la mentira y la mendicidad (¡Volvía a ser Fama!) auténticos descendientes de grandes jefes (Fama otra vez) que habían trocado su dignidad en plumas de buitre y olfateaban los aromas de los acontecimientos: nacimientos, bodas, muertes, para saltar de ceremonia en ceremonia. Fama se recogió el bubu para contestar, pero titubeó. La falta de reflejos fue una provocación para aquel maldito griot, que se lanzó a las bellaquerías más groseras con igual alegría que el bambara, que se lanzó al círculo de tam tams.

¡Era demasiado! Fama se levantó e interrumpió:

—¡Musulmanes! ¡Perdón, musulmanes! ¡Escuchad!...

Imposible añadir una palabra. Como una bandada de perros en celo, todos los malditos malinkés del círculo, supuestamente musulmanes, se deshicieron en insultos y palabrotas. Se había traspasado el límite.

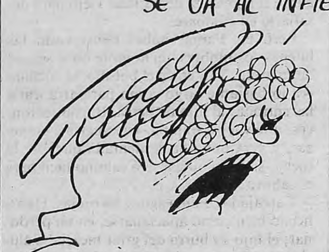
Disminuido por la vergüenza y la deshonra, ¿cómo podía quedarse allí? Además, no lo lamentaba; la ceremonia había degenerado en un juego de cinocéfalos. Más vale dejar a los monos que se muerdan y se tiren de la cola. Se precipitó por una de las salidas. Dos hombres corrieron a detenerlo. Se debatió, trató a los dos de hijos de una puta de perra y se alejó.

Todo lo que produjo una salida tan ruidosa y definitiva fueron unos ¡Uff! de alivio y risas divertidas. Fama estaría en las próximas ceremonias, como en todas las ceremonias malinké de la capital; ya se sabía; porque, ¿cuándo se ha visto que la hiena se aleje de las proximidades de los cementerios, ni el buitre de las traseras de las casas? También se sabía que Fama iba a seguir haciendo desaguisados y escandalizando. Pues, ¿en qué reunión se separa el moloso de su manera desvergonzada de sentarse?...

Viñuela 88

LOS MONJITOS

Por **HENFIL**









GARAY EDICIONES

JUEGOS

J	S	P	E	D	A	R	P	A	I
R	D	I	A	T	L	U	R	E	N
E	E	U	S	P	P	E	N	O	B
V	H	T	I	T	A	O	E	G	V
C	S	N	N	A	L	C	P	I	C
C	A	E	F	A	L	D	A	R	S
L	A	L	T	D	U	E	S	B	A
S	O	N	C	N	I	G	R	A	O
N	A	M	A	E	D	I	S	E	N
P	J	T	R	O	T	I	T	U	L
L	E	L	O	N	M	I	E	S	T
A	R	T	L	A	S	A	N	B	A
D	C	A	C	O	M	P	N	A	I

18 "LA SOPA DEL 7"

Encuentre los nombres de 7 prendas de vestir que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

18 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	H				
2					
3					
4					
5	C				
6					
7					
8					
9					O

DEFINICIONES

1. Trozo de hilo.
2. Animal mamífero con rayas.
3. Serpiente venenosa.
4. Recibo dinero que me debían.
5. Camino ligero.
6. Carruaje.
7. Conjunto de huesos de la mano.
8. ... Ponti, productor de cine italiano.
9. Acción de callar.

18 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

	B	R
	4	0
4 1 5 2	2	0
6 7 3 8	1	0
1 3 2 0	0	1
4 9 1 3	0	1

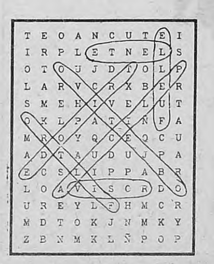
	B	R
	4	0
8 5 4 7	1	1
6 0 8 9	0	3
9 4 6 3	1	0
7 0 2 1	0	1

SOLUCIONES 17

"TRANSFORMACION"

PALMO
PALMA
PARMA
PARRA
PERRA
PERSA
TERSA
TENSA
DENSA

"LA SOPA DEL 7"



"NUMERO OCULTO"

1. 1538
2. 2317